

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

DIEGO COLON

EL HIJO DEL GENIO



MAUCCI H^{OS} MEXICO.

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

DIEGO COLÓN

es hijo del Genio

por

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos.—Primera del Reloz, 1

1900



Diego Colón es hijo del Genio



¡Qué triste es la historia de los antiguos genios!

Es triste, amiguitos míos, porque en aquellas épocas tuvieron que luchar contra las preocupaciones que reinaban... Entonces las envidias se armaban siempre contra los hombres que algo valían... y derribaban terriblemente sus aspiraciones...

Y ahora, voy á contar á mis buenos amiguitos, uno de los mayores triunfos

que aún á pesar de los obstáculos puede un hombre superior obtener.

En noche trístísima, á través de campos desiertos, solitarios y envueltos en sábanas de sombras melancólicas, á pie, muertos de hambre y de sed caminaban un hombre anciano y un niño... ¡Qué triste el silencio de aquellas soledades!...

¡Y también que triste el alma de Cristóbal Colón!

Sufría el grande hombre, porque ninguno en la Corte del Rey de España había comprendido su idea; porque todos se habían burlado de él... porque no encontraba quien le condujera con barcos suficientes por las llanuras de los mares, hasta llegar á las misteriosas islas que pensaba descubrir!...

El frio era espantoso; el hambre atroz; el incansable marino, débil y extenuado, apenas tenía tiempo para llevar de la

mano á su hijo querido...á su hijo Diego...

¡Iban los dos como limosneros... iban á morir de hambre y de fatiga en aquella terrible noche, abandonados en medio de aquellas soledades de los campos!... ¡Infelices!...

Al fin la fatiga venció al genio... y ca-



yó sobre un recodo del camino, desmayado... Un sueño que se parecía á la muerte se apoderó de él...

¿Y el pobre niño?... ¿El niño Diego? preguntaréis, sobresaltados, amiguitos...

El niño, que confiaba en la bondad divina y en el ánimo valiente de su padre, esperó tranquilo á que se restableciera, creyendo que el sueño le daría fuerzas.

Así es que Diego cubrió como pudo con su miserable capa el cuerpo de su padre, y acurrucándose á su lado para darle calor mientras dormía, se estuvo quieto, muy quietecito, mirando las colinas envueltas en sombras...

¿Se durmió el niño?...

¿La espantosa debilidad del cansancio y del hambre le proporcionaron fiebre, y tuvo grandes delirios?...

¿Realmente vino el enjambre de fantasmas á llevárselo, muy lejos, lejosísi-

mo, allá, hasta las regiones misteriosas de los países nuevos?...

¡Quién sabe!...

Sólo los poetas y los cuentistas antiguos, hablan de esto, jóvenes lectores... Pero el caso fué que el niño Diego, hijo del gran Cristóbal Colón, de improviso sintió que una mano gigantesca, fuerte y muy fría, le tocaba en la frente.

El niño asustado lanzó un grito.

—No te espantes, hijo mío!

—¿Quién eres?... ¿Quién eres?

—¡No te espantes; no vengo á hacerte mal!

—Entonces quien eres, ¿una alma infame?

—¡Ay! desgraciadamente no; porque sería impalpable y no sufriría las miserias de la carne... ¡Soy un hombre que sufre; pero que no puede morir, que no morirá nunca... ¡nunca!... jamás... ¿Lo

oyes, amiguito mío?... Pero no vengo á hacerte ningún mal... ¡Ven conmigo!

¡Figuráos qué horror no sentiría el niño Diego al encontrarse solo en aquella noche fría, al lado de su padre postrado por la fatiga y el hambre, y teniendo frente... porque bien lo veía con horror un gigantesco personaje envuelto en sábana gris...

—¡Señor, á tí me encomiendo!—rezó el niño;—y ya sin poder resistir se encontró arrastrado... arrastrado por el extraño personaje...

No hallaba que decir el pobre niño, ni tampoco su compañero le decía nada...

Así caminaron por mucho tiempo... muchas horas...

Repentinamente notó el niño que bajaban; el aire se volvió más frío y más espeso; las sombras más densas; el silencio más espantoso... ¡No se oían ni los pasos de ambos!...

¿A dónde iban?... Y el infeliz mancebo siguió temblando de miedo...

—¡Vamos, amiguito mío, no te asustes,

no te voy á hacer daño alguno... ¡sigue, sigue!... Ya volverás al lado de tu padre... ¡Anda, anda!

El niño continuó su marcha, oyendo estas palabras... que eran pronunciadas con una voz tristísima y dulce, apenas alteradas por un ligero temblor de amargura infinita...

· · · · ·
Así fueron bajando, bajando, sin que después ninguno de los dos pronunciara palabra alguna, en medio de un gran silencio, en el que no se oían ni los ruidos de las pisadas del niño y del terrible y misterioso personaje que lo iba haciendo deslizar por aquella que parecía pavorosísima caverna!...

¡A dónde iban?

Y luego, cuando más abstraído iba en sus meditaciones de terror, el hijo de Colón sintió que quedaba solo en un vacío horroroso, suspendido en el viento, sin ser detenido por arriba ni apoyado por abajo...

—¿Dónde estoy? ¿dónde estoy?... ¿Cae-



ré?... ¿Subiré?... ¿A dónde subo?... ¿A dónde caigo?...

Así continuaba gritando con mayor espanto el niño Diego... Pero, ¡cuán inútiles eran sus esfuerzos!... Se perdían en las profundidades de las tinieblas sin más respuesta que... ¡allá, allá!... muy lejos... un eco vago y difuso, tristísimo y

muy apagado que repetía las últimas sílabas de sus palabras asustadas.

¡Qué situación tan espantosa!

Entonces el niño, recordando que su buen padre lo había educado en la religión cristiana, creyendo que iba á ser lanzado á las profundidades del infierno por algún pecado espantoso, del que no se acordaba invocó el nombre divino y milagroso del Cristo: ¡Perdón!... ¡Perdón por los que han pecado! ...

De repente tuvo un consuelo maravillosísimo... ¡oyó!...

¡Qué oyó en aquel inmenso silencio del antro por donde se sentía bajar el valiente niño?...

Oyó estas palabras, murmuradas por deliciosa harpa... este himno que nunca había de olvidar:

¡El ánimo infantil torne á la calma
Que solo reina en el divino cielo...
Dile á tu padre que acorace su alma
Para tender el poderoso vuelo!
¡Si lucha y se alza encontrará la palma,
La palma heróica de su inmenso anhelo!

La canción terminó estentórea y magnífica como un toque de clarines de guerra... ¡Nunca los hubiera oído!

El niño Diego recordó que su padre le refería siempre con lágrimas en los ojos la historia de infinitas proezas... de hazañas terribles, de combates contra las olas, navegando en mares borrascosos y feroces, en mares tremendos y desconocidos, donde había hielos eternos y duros, donde se estrellaban como si fueran de vidrio los bajeles... y recordó también el niño que el temple del autor de sus días era de esos de temple de genio...— ¡Mi padre es audaz, recto, firme, inteligente, altivo, valiente, invencible, magnífico y bueno!—exclamó, contestando al himno que había brotado del fondo de las tinieblas... Después... volvió á escuchar el mismo canto, y él contestó de nuevo:— ¡Mi padre es Cristóbal Colón!...

Al resonar en las anchas concavidades de la caverna fantástica por donde bajaban el misterioso personaje y el ni-

ño, hubo de súbito una luz vivísima, clara, que todo lo iluminó...

¡Todo lo iluminó!...

Mas ¿qué fué lo que iluminó aquella magnífica luz, preguntarán mis amables lectores?...

Pues bien, fué una cosa estupenda; oid:

No era ni salón, ni vil estancia; tampoco era patio de aéreas columnatas con moriscas fuentes... no era paisaje de ameno campo, ni horizonte de lagos tranquilos con dulces y gratos aromas... ¡Era un espectáculo horrible!... ¡Era la cosa más siniestra que se pueda imaginar!... Era una tempestad en el mar... olas furiosas que parecían bramar, negras con orlas de espumas trágicas... cuadros de muerte, de exterminio y pavor... en medio de aquella tempestad la escena de un siniestro naufragio... Y... ¡ay! amiguitos míos, no hay en el mundo, ni en la vida cosa más horrible que un naufragio!

—¿Ya ves esto?—preguntó la misma



voz delicada y melancólica... Ahora mira... ¡Mira!...

El niño Diego vió... una diversa escena... la roja luz de los relámpagos se aplacó, cediendo á una claridad vaga y triste... casi imperceptible... y... poco á poco, muy lentamente se fué desarrollando una cadena de preso, unos grillos infamantes... y sellos atroces que tenían le-

tras de escarnio y baldón... y sobre aquellas cosas horribles, hechas con espinas y clavos, estas palabras: «Corona del Genio...» Y entonces sí que se oyeron grandes rumores á lo lejos, y carcajadas, músicas, ruidos de chocar de vasos, cantos y deliciosas armonías...

.....
¡Otra vez la obscuridad!... Otra vez la misma caverna aquella!... Pero el hijo de Colón ya no bajaba; ascendía...

No pronunciaba ni una palabra: pensaba en los terribles acontecimientos y visiones...

Al fin se acordó de que el misterioso personaje lo llevaba, escuchando la misma voz tranquila:

—Niño, cuando tu padre despierte, cuéntale lo que viste... ¿Verdad que una tempestad es horrible?... ¿Presenciaste el naufragio? ¿Has visto algo más horrendo?... ¿Y las cadenas y grillos de las prisiones?... ¿Y los sellos de las infamias?... Pues bien, dile á tu padre cuando despierte, que eso que has visto le espera al

hombre de genio que es tan audaz como él... ¡La Gloria! ¡Ah! ¡la Gloria! ¡Ja, ja, ja!

Y retumbó una larga espantosa carcajada.

· · · · ·
—¡Ah, padre mío! ¡padre mío!—exclamó el niño Diego cuando Colón despertó de su sueño.—¡Si vieras que ví un terrible naufragio y unas cadenas que supe que eran para los genios como tú'...

—Hijo mío... Bendito el Señor que sabe lo que hace... ¿Hasta cuando vendrán á mí los naufragios y las cadenas?...

Y el padre y el hijo, siguieron caminando en las sombras frías de la noche...

· · · · ·
¡El sueño del niño Diego había despertado en el alma colosal de Cristóbal Colón un deseo mayor de llevar á cabo su magna empresa!...

¡Ya os referiré con cuanto valor y audacia, Colón descubrió nuestra hermosa América!

Historia de Meztlichotil
Las Hazañas de Moctezuma
El Estandarte Negro
Un Sueño de Moctezuma
La Muerte del rey Tizoc
Los paraísos del Nuevo Mundo
El juramento de Cuahutemoc
Historia de la bella Mallitzin
El Abismo de las Flores de sangre
Diego Colón, el hijo del Genio
El defensor de los Indios
Las tres carabelas en pos del Nuevo Mundo
La paloma de San Pedro
La cruz de la espada
La princesa Axempaxot Chitl
La conjuración ante el huracán
El guerrero Azteca
Las fuentes del oro
Los españoles en Yucatan
El Aguila ante los hijos del sol
El Embajador Ocelotl
Los monstruos del Rayo
El castillo del poder
Hernán Cortés y sus primeras aventuras
El ocelotl en la Isla del Sueño Rojo